

¡Dichosa tú! que en la feliz morada
A do nos uniremos algun dia,
Te arrobas en deleites celestiales,
Y de tus hijos la ventura miras.

¿Cuál es gloria? ¿La inmortal diadema
Que en sus frentes radiosas pura brilla
Te permite mirarles? ¿te conocen
En esa inmensidad de luz y vida?

Á los que á mí me arrebató la muerte
Cuando la juventud les sonreia,
Cuando su índole amable y su talento
Satisfacciones mil me prometian;

Diles que su memoria me entristece,
Que sin cesar me oprime y martiriza,
Que al amor de su padre y sus hermanos
Se mezcla siempre cual amargo acíbar.

Recordar su cariño es mi tormento;
Su beatitud excelsa me extasía;
Oigo entre sueños que me llaman madre;
Y al despertar conozco mi desdicha.

Mientras mas se prolonga la existencia
Mas sufre el corazon, porque la vida
Es el valle hechicero que promete
Fragrantes flores para dar espinas.

Sus ásperos senderos atravieso
Sin ilusiones ya, desvanecidas
Por crueles desengaños, ni me ofuscan,
Ni exaltan mi ardorosa fantasía.

No es un sueño el amor, no son quimeras
Los dulces sentimientos que me animan,
Existe la amistad, el don precioso
Que todas las desgracias amortigua;

Pero el tiempo, la muerte, la inconstancia
Con su poder temible debilitan,
Destruyen los afectos, los encantos
Que adormecen, inflaman y fascinan.

Vuelve á mí tus miradas, no abandones
A la que veces mil llamaste amiga;
Mi pensamiento guarda tu memoria,
Y tu imágen en él está esculpida.

Pabellon, junio 30 de 1851.

UNA ZACATECANANA.

La malicia tiene mejor entrada, y ocasiones mas oportunas, que la virtud para granjearse amistades; mas las que se adquieren por este medio no son seguras, sino muy peligrosas.

CHARADA.

Con mi prima y mi segunda
Se hace una preposicion,
Que para que la halles pronto
Ya la pongo en un renglon.

Sin la primera y la cuarta
No existirian, estoy cierto,
Esos magníficos buques
Que siempre hay en cualquier puerto.

Ni se habrian visto tampoco
En Paris las barricadas,
Ni habria ebanistas ni coches,
Ni casas bien fabricadas.

Una sonrisa es el premio
Del amante, si se apresta
A regalar á su dueño
Mi segunda con la sexta.

Mi tercera con mi cuarta
A cualquiera enojaria,
Pues sin duda es un apodo
Que yo no perdonaria.

Presente de indicativo
De un verbo es cuarta y siguiente,
Sinónimo de alcanzar
Si mi memoria no miente.

Y mi todo, cosa fácil,
Enseñártelo á encontrar
Seria difícil empresa
Que me propusiera hallar.

Mas para concluir te digo
Que al mirar la geometría,
Cualquiera sin gran trabajo
Al momento lo hallaria.

U. Y TRESA.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION
DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:
CABEZA.

LOS ESPÍRITUS DEL HOGAR.

Por Léo Lospès.

(CONTINUA.)

PASARONSE ocho dias de la escena que acabo de referir. Durante ese tiempo hice amargas reflexiones sobre mi suerte: eché de ver que toda esperanza era perdida para mí, pues tenia yo que luchar con un amor novelesco, que participaba á un tiempo de lo conocido y de lo desconocido y que habia tomado hipoteca en el cielo y en la tierra. En los ocho dias llegué á saber que el jóven se llamaba Alarico Deville, que estudiaba la medicina con pasion y que con el producto de sus primeros libros, vendidos cási al precio del papel, ayudaba á vivir honradamente á la necesitada jóven cuyo corazon ocupaba.

Al fin de la semana ocurrió en el desvan de Silvia un incidente que debe seros relatado. Alarico que todos los dias iba á recobrar una parte de sus fuerzas desfallecidas con la sonrisa de su ángel consolador, cayó repentinamente en un desmayo que me hizo temer que muriese, pues vidriósele la vista, descoyuntáronse los brazos y cayósele la cabeza inanimada sobre el pecho.

Asomóse precipitadamente la jóven á la ventana y llamó á grito herido á los vecinos: yo acudí á toda prisa y revuelto entre los demas inquilinos de la casa, puse el pié dentro de aquella vivienda que era para mí el paraíso....

¡Oh, Flavia! aquella bohardilla, por miserable que pareciese á los ojos de todos, á mí me pareció llena de atractivos y seducciones. Allí era donde ella vivia, allí era donde dormia ella, separada apenas de mí por un tabique. Volví á ver el hogar cuyo benéfico calor hacia mas habitable mi retrete, y el cual en aquel momento despedia sus encendidos reflejos sobre aquel melancólico cuadro.

Un médico se desprendió del grupo de circunstantes y se aproximó al joven, á quien pulsó.

—¿Es marido de usted, señora? preguntó á Silvia el facultativo.

—No, señor, contestó ella saliéndole al rostro los colores.

—¿Será hermano de usted?

Las mejillas de la preciosa jóven se pusieron encarnadas como la rosa de verano. Bajó al suelo sus ojos de ángel y dijo muy quedito:

—Tampoco es hermano mio, señor.

—Dispensad mis preguntas, señorita, dijo el doctor, pues solo queria saber si no habria inconveniente...

—¿En qué, señor?

—Se encuentra en tal estado de debilidad el enfermo, que seria peligroso mandarle llevar á su casa: seria preciso tenerle acostado por algunos dias en esa cama,

y de santos nos daremos si logramos á fuerza de cuidado prolongarle la vida.

—No os pareis por eso, dijo ella, no perdoneis nada de cuanto deba hacerse en esta triste circunstancia.

No se movia el enfermo. Insensible á cuanto pasaba en su rededor, parecia haber perdido para siempre el sentimiento de la alegría ó del dolor. Víle poner en aquel lecho virginal y (dígolo ep alabanza mia) sin ira lo ví, pues tan pálida estaba su frente, que se confundia con la blancura apagada de la almohada sobre la cual descansaba su cabeza.

El médico se volvió hácia nosotros.

—¿Hay entre vosotros, dijo, quien tenga un frasco de esencia que prestarme?

Yo tenia por fortuna un frasco de álcali: le presenté, pero no sé como no se escapó de mis trémulos dedos, pues para agarrarle... una mano mas suave que el terciopelo vino á tocar la mia: ya habreis adivinado, Flavia, que era la mano de Silvia.

Yo soy de los que creen en el magnetismo, en la simpatía de ciertos seres, en el ascediente que sobre nosotros tienen ciertas individualidades por medio de la voz, del mirar y del tacto.

Van ya corridos diez años desde este suceso tan fútil en apariencia y todavía me parece sentir la humedad de aquella mano que toda mi existencia trastornaba y parecia impeler al corazon toda mi sangre.

No hizo alto Silvia en nada, ni en el trastorno ni en la agitacion de espíritu que me atormentaban: arrodillóse anegada en llanto delante de la cama de Alarico, mientras el médico le atendia cuidadoso.

Disipóse el letargo con la fuerza del amoníaco: fué poco á poco recobrando sus facultades Alarico y al ausentarnos del aposento ya le dejamos discurrendo con despejo y serenidad sobre la marcha de su enfermedad.

Volvíme á mi vivienda mas alegre que no lo habia estado de mucho tiempo atrás. Sentíame lleno de ufanía por haber podido ser útil á aquel que amaba ella, por haberme cabido la suerte de hacer en la vida de Silvia un papel, por insignificante y pepueño que fuese. Púseme á compadecer en el fondo de mi alma á aquel tierno jóven inteligente que se iba muriendo lentamente con la tea de la ciencia en la mano, midiendo el breve camino que le separaba de la tumba. Luego apreté contra el pecho el frasquito que habia tenido Silvia entre sus manos y que habia venido á ser la causa inocente de nuestro primer contacto.

El lunes siguiente, Flavia, el facultativo anunció á Alarico que un viaje á Italia era el único remedio que tenia ya su enfermedad.

—Id, díjole, pedid á aquel cielo privilegiado por Dios los auxilios que la ciencia humana os niega: á pesar de que contais terminar pronto vuestra vida, todavía me asiste á mí la esperanza de que encontrareis al otro lado de los montes, en el suelo del sol, de las bellas artes y de la libertad una fuerza regeneradora desconocida en nuestros climas frios y nebulosos. Dejar de hacer esta última diligencia seria tanto como querer desprenderse de los que os aman en la tierra y que tan de corazon se interesan en vuestra suerte.

Aquí, Flavia, debo haceros una confesion, quiero poner ante vos mi corazon desnudo, aunque hubiéreis de despreciar en mí las flaquezas de mi organizacion, aunque hubiéreis de reconocer en mis acciones la sequedad de una alma interesada, las sospechas de una alma escéptica.¹ Sabed pues que durante los ocho dias que Alarico estuvo hospedado en el desvan de Silvia me estuve hecho un espía invisible,

¹ Que duda de todo.

sin perder ni un instante de vista á los dos amantes. Mis zelos que se habian disipado á la vista de aquel cuerpo exánime, parecian haberse despertado con las primeras fuerzas del preferido amante: durante las largas horas de ocho noches, mantúveme con los ojos clavados en lo interior de aquel cuarto; y Dios seguramente lo dispuso así para hacerme testigo de un amor casto y puro, para dar un ejemplo á mi virtud. Por el espacio de ocho noches Silvia se estuvo en un sillón inmediato al hogar, vigilante, atenta, sí, pero manifestando al enfermo mas bien el anhelo de una madre que la ternura de una enamorada. Una ocasion sola, en un acometimiento de dolor llamóla el pobre estudiante con mas ahinco que de ordinario: y aquella vez, para adormecer sus padecimientos, su compañera aplicó sus labios rosados á su boca de él; mas parecióme que nada licencioso se habia mezclado con aquella caricia y que el ángel custodio del enfermo habia deslizado su ala entre aquellos dos alientos como para preservar aquella inteligencia vacilante de las emociones del cuerpo y de los peligros del alma.

Contra la marcha ordinaria de los fenómenos que acompañan á la tisis ya en su último grado, las noches de Alarico eran de tal suerte agitadas que su *asistidora* apenas tenia lugar de tomar descanso. Frecuentes alucinamientos parecian absorber su pensamiento, en busca sin cesar de una idea fija, y la buena Silvia tenia el mayor trabajo para procurarle la serenidad y el sosiego. El sentimiento que parecia regentar en aquellos monólogos, ya serios y lógicos ya extravagantes, era el de los zelos. Hacíasele sensible el morir en razon del hueco que tras sí dejaba en la vida de la que habia sido tanto tiempo su ídolo.....

Durante la última noche que pasó en el desvan de Silvia, oí la conversacion siguiente, de que no se me escapó ni una sola palabra y que en mi memoria quedó profundamente impresa.

—Silvia, dijo él, mañana me marchó á Roma, para no tener nada que reprocharme.... para no hacer desprecio de la vida, este don del Criador; pero conozco que no he de volver nunca.

—Desecha, alma mia, respondió con ternura la jóven, esas negras ideas, pues el poder de Dios es grande y escuchará mis oraciones.

—No le pidas una cosa imposible: en el cielo está arreglado el término de nuestra existencia y no han de suspender las lágrimas de una mujer el reloj del tiempo y de la vida.... ruégale mas bien que otorgue á mi pobre alma el vivir, hecha un espíritu protector y tutelar, en torno de tí.

La jóven parece como que quiso oponer algunas razones á las supersticiones de su amante, pero callóselas tal vez por no contradecirle.

—Cielo mio, díjole, bien sabes tú con qué voluntad te he dado mi corazon: yo hubiera vivido toda mi vida unida á tí con la union mas perfecta, siendo tu fe la mia y tu culto el mio; pues siendo tú tan generoso y grande nada que de tí naciese podia menos de ser moral y sublime. La muerte, no porque lograrse separarnos, habria de destruir la obra del amor.

—Pues bien, Silvia, déjame suponer y cree tú conmigo que Dios me permitirá volver al mundo bajo la pura forma de un espíritu, con el fin de que yo pueda por mis ojos asegurarme de si no se presenta algun hermoso galan á borrar la memoria del que ya no existe.

—Alarico, musitó con suma ternura la jóven, te prometo y te juro que nadie después de tí tendrá cabida en mi corazon;

no seré yo la dama ni la esposa de nadie, y yo me conduciré siempre tal como si tornándose realidad tu ficción pudieses verme y celarme.

—Dios te lo pague, Silvia, Dios te lo pague. Creo ciegamente en lo que me dices, y marchó mas tranquilo. Ten presente tu juramento y guárdale hasta el día en que nos veamos reunidos para siempre.

Terminóse aquí el diálogo: vi luego juntarse sus dos manos como para prestar nueva fuerza á aquel pacto del corazón, y luego ya no vi nada, Flavia, pues fui y me tiré triste y desconsolado, en lo mas oscuro de mi desvan.

¿Qué esperanza me quedaba? ¡Ninguna! Por un refinamiento de zelos, por un recrecimiento de egoismo, aquel hombre, muerto ya en vida, parecia querer envolver en su mortaja una criatura que casi acababa de nacer, coronada con las frescas rosas de su juventud, condenándola á caminar triste y solitaria por las sendas del mundo. Y para lograr este propósito no le habia bastado con apropiarse aquel fondo de bondad que reposa en el corazón de la mujer como la miel en el cáliz de las flores, sino que habia recurrido tambien al terror y la superstición. . . armas de la arbitrariedad y la barbarie.

II.

Dos meses me mantuve fuera de mi bohardilla. Confundíme con la turbulenta multitud de los estudiantes de mi edad, procurando aliviar mi enfermo pensamiento con su alegre filosofía de ellos. Frecuenté los bulliciosos bailes, aprendí el manejo de armas y para que veais hasta dónde puede arrastrar el despecho, me enfrasqué en la política haciendo oposicion á ciertos cursos de la Sorbona. ¡Ay! ni las desatentadas cuadrillas ni las lecciones

de Grisier¹ ni las paradojas de la Universidad pudieron desaposentar de mi mente la imagen de Silvia; pues á los sesenta dias de pruebas infructuosas regresé mas desconsolado y mas enamorado que nunca á mi bohardilla.... á mis cadenas.

Fué mi primera diligencia plantarme en mi ventanilla querida y echar una mirada ansiosa dentro de quel pequeño aposento que componia para mí el mundo entero. ¡Ay! ¡cuán cambiado estaba allí todo! Los vestidos de vivos colores que antes habia yo visto colgados á las ventanas á manera de cortinas habian desaparecido; el precioso gorrito de listones color de lila puesto en otros tiempos con gentil donaire sobre el globo de la péndola, habia mudado de lugar; las pequeñas plantas que una mano cuidadosa cultivaba en un arriatito inmediato á la ventana habian muerto de resultas de los besos del hielo; reinaba un melancólico silencio en aquella vivienda tan alegre antes y no podia menos de creerse que alguna pesadumbre muy grande hubiera tenido la dueña de la casa.

Sobre una silla alcancé á ver un vestido negro, mas léjos un gorro de viuda, y allá contra un espejo descubrí, tapándole, un crucifijo grande de ébano, cuya sencilla escultura representaba con una verdad que causaba suma impresion, los dolores del Dios mártir.

Estaban cerradas las cortinas de la cama, sin que el mas leve movimiento hiciese undular sus pliegues, sin que el mas leve soplo agitase sus mallas. ¿Qué seria lo que habria pasado durante mi ausencia? Ignorábalo yo y deseaba averiguarlo por mas que temblase de saberlo.

Abrióse de repente la puerta, entró la ama de llaves, la cual era una buena vieja de sesenta años, la misma de que ya os

¹ Grisif.

tengo hablado, Flavia, y quien por lisonjear el carácter zeloso del jóven estudiante de medicina hacia todos los quehaceres de la calle para evitar que Silvia saliese sola.

La buena mujer puso su luz encima de la mesa, y acercándose luego á la cama, describió poco á poco las cortinas: entonces volví á ver, Flavia, pálida, enflaquecida por la pena la mujer cuya memoria, cual envenenada flecha, abrasaba mi corazón de continuo. Su hechicero rostro habia perdido toda expresion, sus ojos parecian enrojados por efecto de las lágrimas y su brazo extendido sobre la colcha, tenia mas semejanza con una obra maestra de cera que con un miembro animado por la vida.

—Señorita, dijo en voz baja la vieja, ¿no se os ofrece nada?

Silvia abrió los ojos.

—¿Eres tú, Matiana? dijo.

—Sí, señorita. ¿Qué se os ofrece?

—¡La lumbre! dijo Silvia con desvarío, ¡la lumbre! Cuida la lumbre, compra la leña mas hermosa, la haya mas dura; que sea grande y sostenida la llama, que chispee el hogar, pues ¡lo ves? ¡allí está él, él, allí!

—Ya le vuelve á entrar la locura, dijo la vieja; ¡pobre criatura! El facultativo está en que es manía y que de la manía á la locura no hay mas que un dedo. ¡Dios la libre de semejante desgracia!

Silvia hizo por incorporarse y agarrando la mano de Matiana:

—Ya sé en lo que estás pensado, le dijo, y lo que no tienes valor para decirme: ya no tenemos dinero, la miseria la tenemos á nuestras puertas y estamos en el caso de ser económicas. Pues bueno, Matia, economiza algo de la tisana que me preparas, de la vela que me alumbra, del caldo que me das para que tenga yo mas vigor. Si no nos queda ya dinero, ven-

de los vestidos que están en ese cajon y que quizá no volveré nunca á usar, véndelos como vendiste las preciosas alhajas que yo tenia, para ayudar á los gastos de mi enfermedad; pero por vida tuya que no deje nunca de haber lumbre, una lumbre bien encandilada, una lumbre alegre y que despida muchas chispas, aunque sea preciso prender en ella el último trapo que nos quede. ¡Ah, ah! tú no eres capaz de imaginarte cuán hermoso es eso de ver el hogar poblado de mil flamas, la ceniza de oro, el murmurio de la leña que se desaparece en medio de girándulas de humo; es que tú no ves nada, no entiendes nada en esa extraña melodía.

Y Silvia, levantando con coquetería sus cabellos esparecidos por su rostro lívido y enflaquecido, se puso á cantar con una expresion de siniestro júbilo:

Yo soy, la chispa contesta,
El amante tierno y fiel,
¡Sol divino!
Y he tomado la forma esta
Por ver si tu amor aquel
Era fino.

Matiana meneó tristemente la cabeza, como quien se persuade de la inutilidad de todo razonamiento. Fuése á una comodita, abrióla y sacó de allí dos troncos que echó á la lumbre. En cuanto cayeron en el hogar, llamóla Silvia.

—Matiana, exclamó, ven, date prisa, levántame.

—Aguardad, señorita, á que tome yo el *soplador*: ¿no veis que no hay nada prendido todavía?

—No, exclamó Silvia, deja para manos profanas el fuelle, déjale para los que ignoran la existencia de los espíritus tutelares que pueblan el hogar: levántame y llévame junto á la chimenea.

Entonces, Flavia, presencié yo un es-